



El título que campea en el centro de la lámina anterior, es el de la obra con que se va á inaugurar la colección de las de Alejandro Dumas, en la segunda serie de la Biblioteca Universal. Como esta publicación sale á luz del mismo establecimiento que el *Semanao*, y no entra en nuestro sistema de publicidad servimos de los periodistas

que dirijamos para pagar lo que, en vice-versa, nos contienen como siempre, con ruego á los lectores de este periódico que se acerquen al *Centro de suscripciones* ó á los comisionados, para examinar la primera entrega, por la cual podrán formarse idea de lo que va á ser la obra.

LA CÁMARA SANTA DE OVIEDO.

«La espiritual y devoto que tiene con los santos varones que guarda, y el sentimiento que entendiéndose en ella pone, no se puede decir, sino darse infinitas gracias á N. S. porque en servido darlo á gozar hasta á un indigno como yo.
ANASTASIO DE MONTE, *Páje Santo*».

Siguiendo nuestra costumbre de presentar á los lectores del SEMANARIO aquellos monumentos que en nuestra patria son dignos de recuerdo por su antigüedad, importancia histórica ó bellezas artísticas, les ofrecemos hoy uno que reúne en sí estas tres circunstancias, que es la veneranda capilla de San Miguel de la catedral de Oviedo, llamada comúnmente la *Cámara Santa*. Su fábrica se remonta á los años de 802, en que el noble rey Alfonso el Casto, denodado guerrero, hábil político y señalado protector de las artes, la hizo construir según se cree para oratorio suyo ó capilla doméstica (1). Por esta razón sin duda el arquitecto real, que era el godo Toda, acumuló en ella todas las inspiraciones de su buen ingenio, y dejó á la posteridad este bellísimo tipo del órden bizantino, que afortunadamente, y á pesar del trascurso de diez siglos, persevera intacto. Forma pues la Cámara Santa un muy proporcionado templo, aunque bastante reducido, como casi todos los de aquella época, pues el rectángulo que ocupa tiene solamente veinticinco pies de longitud y diez y seis de latitud. Divídese en dos partes: la que podemos llamar cuerpo de la iglesia, y el presbiterio ó capilla mayor, cuyo techo es más bajo que lo restante. Están una de otra separadas por una verja de hierro baja, y en el siglo XVI había, además de esta, otra gran reja cruzada muy antigua (2). La bóveda es semicircular y está sustentada por tres arcos labrados con profusión y elegancia, que arrancan de doce columnas de mármol pareadas, en cada una de las que se ve de alto relieve la estatua de uno de los apóstoles. Estas figuras son dignísimas del aprecio por el buen gusto con que están ejecutadas, y sobresalen en ellas los paños. Los estremos son bastante imperfectos, aunque no tanto como el de otras esculturas contemporáneas. Los capiteles de las columnas y la cornisa que circuye el todo del primer departamento, contienen multitud de figuras, flores, grecas, etc. etc., lindamente concluidas. A la entrada y por la parte interior se ven entalladas en la pared las cabezas de Jesucristo, la Virgen y S. Juan, que probablemente formarían parte de algun bajo relieve que en el día ya no existe. El pavimento es una especie de mosaico de piedras de colores, trabadas entre sí por fortísima argamasa, pero que no trazan dibujo alguno. La portada es muy posterior al resto del edificio, y fué sin duda construída en el siglo XIV, en que comenzó á reedificarse la antigua catedral. Consiste en un arco rodeado de adornos y foliajes bien ejecutados, según el gusto gótico-germano, y en el que se ve la *cruc de los ángeles*, especial ensenda de la ciudad y catedral de Oviedo (3). Esta portada, cerrada con gruesas hojas y candados, da á una sala gótica en la que hay un altar dedicado á la Virgen, y desde esta sala se baja á la catedral por la misma escalera que conduce al palacio del Obispo (4). Bajo la Cámara Santa hay otra iglesia ó cripta de igual estension, según uso de la época, que estuvo dedicada á Sta. Leocadia, y en la que según las tradiciones del país, fué fabricada milagrosamente la célebre cruz de los ángeles. También sirvió de depósito á los cuerpos de los santos mártires Kulgio y Laurencio, que Alfonso III el Magno hizo traer desde Córdoba por medio de los presbíteros Dulcideo y Samuel, hasta que con motivo de cierto milagro (5), fueron trasladados por el obispo D. Fernando Alvarez en 9 de enero de 1500 á la Cámara Santa. Volviendo á penetrar en el recinto de esta, y continuando su descripción, diremos que á uno y otro lado están colgados los retratos de Pelayo, Fruela I, Alfonso II el Casto, y Alfonso VI el Bravo, y que pasada la pequeña verja ó baranda que antes mencionamos, se ve posada sobre un pedestal de piedra la santa área, tan celebrada en nuestras antiguas crónicas, y objeto de la veneración más profunda para los monarcas de Asturias, Leon y Castilla. Dícese fabricada en Jerusalem de madera incorruptible, y por mano de los discípulos de los apóstoles, para guardar en ella las más

preciosas reliquias que poseían. Por la entrada de los persas en aquella ciudad el año 614, ó por la de los árabes en 637, fué traída á Africa y á España, parando en Cartagena, y luego en Toledo. En la invasión de los sarracenos, Urbano, metropolitano de esta última ciudad, acompañado del célebre Pelayo y otros guerreros, trasladó á Asturias los libros de los padres de la Iglesia godo-española, varios cuerpos de santos, y esta arca de reliquias, que fué depositada en una cueva abierta en un monte, que por esto se llamó *Monte-Sagrado ó Monagro* (1). Allí permaneció más de cien años, y poco después del 13 de octubre de 850 en que se celebró la consagración de las iglesias que en Oviedo levantara Alfonso el Casto, fué traída en solemne procesion á la capilla de San Miguel. Aunque permanecía siempre cerrada ignorándose las reliquias que contenía, era mirada con la mayor devoción, y visitada de continuo por gran número de peregrinos, que postrados ante ella, buscaban el favor del cielo. Alfonso III el Magno depositó en ella capilla *la cruz de la Victoria*, y rodeó de murallas la catedral y la ciudad de Oviedo, solo con el objeto de guardar, como el mismo ase-



Portada de la Cámara Santa.

gura (2), el sagrado tesoro de las reliquias que se encerraban en el arca santa, y aun después de trasladada la corte á Leon, venían los reyes en ramorra los más de los años á rendirle sus homenajes, como entre otros que pudieramos citar, Ramiro II, Bermudo II, Alfonso V, Fernando I el Magno, y la reina Doña Urraca. Ocupando la sede de Oviedo el obispo D. Ponce, y por los años de 966, dícese que intentó abrirla movido solo por culpable curiosidad, y no animado de sentimientos de devoción. Entonces salieron del arca rayos de luz que dejaron ciegos al indiscreto prelado y demás circunstantes, de los que solo unos pocos llegaron á recobrar la vista. En 1075, Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, acompañado de su hermana Doña Urraca, señora de Zamora, y de D. Bernardo, obispo de Palencia, D. Simon, que lo era de Oca, el Cid Rui Diaz, y varios otros obispos y señores, vino como peregrino á Oviedo (con objeto de pasar la cuarentena en esta devota ciudad, y después de rigurosos ayunos, procesiones y otros ejercicios piadosos, el viernes 15 de marzo (3), acabada la misa, se abrió la mis-

(1) Dicha de Oviedo como dos leguas. La curia está dedicada á Sta. Magdalena, y en ella se celebra una fiesta solemne cada año.

(2) Así se lee en una lapida del tiempo de este rey, que en el mejor estado de conservación permanece levantada en una pared de la catedral de Oviedo.

(3) En todos los sucesos se se hizo una solemne función para celebrar la venida del arca á Asturias, y el descubrimiento de las reliquias. Hay *oficio propio* cantado, donde se refiere la historia de estos hechos.

(1) Las razones que sustentan esta opinión del cronista asturiano Casdalle, son corroboradas por el palacio que en aquella época servía de residencia á los reyes de Asturias, como está visible en la catedral, y que ocupaba parte del claustro de esta, de la corona plana llamada hoy de *Servicio* y del Palacio episcopal. Además la *Cámara Santa* está en alto, y por lo mismo probablemente al nivel de las habitaciones reales.

(2) Véase á Montevir, *Páje Santo*.

(3) Véase el grabado que acompaña.

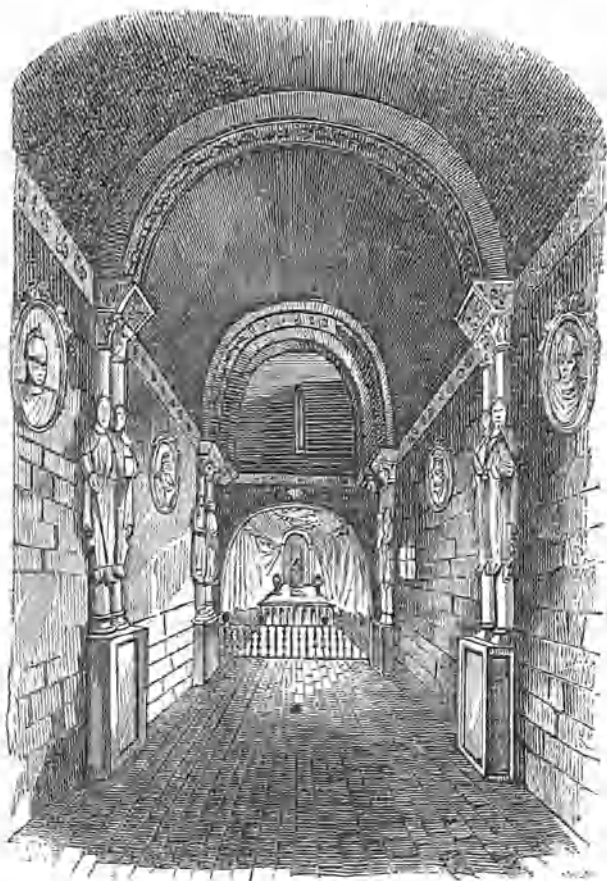
(4) Esta fue construída en el siglo pasado; la antigua se demoló, pero aun se ve en el crucero de la catedral, tapado el arco que daba entrada á la sala milagrosa á la *Cámara Santa*.

(5) A cierta creyendo de la iglesia de Oviedo, llamado Rodrigo-Guerrero, solo levó repentinamente la boca, y quedó mudo. En aquellos angustiosos momentos al patrocinio de estos santos, y recobró el habla. Entones sacaron sus cuerpos del sepulcro de piedra que tenían debajo del altar de Santa Leocadia, y depositarlos en una caja de plata, fueron llevados á la Cámara Santa.

teriosa arca por mano del obispo de Oviedo, llamado D. Arias, y aparecieron multitud de reliquias con sus correspondientes títulos escritos en pequeños pergaminos. Aseguran sin embargo varios escritores que de todas se sacaron del arca, sino que aun permanecen en ella algunas de las más notables, como la casulla que la Virgen puso por sus manos á S. Ildefonso, etc., etc. Gozoso el rey Alfonso VI con el feliz descubrimiento, espidió al día siguiente un privilegio haciendo donación á la catedral de Oviedo del concejo de Langreo, en cuyo escrito hace mención del suceso del obispo D. Ponce, y mandó revestir de plata el arca santa, que desde entonces no volvió á tocarse. Ocupa el centro de la capilla ó presbiterio de que hemos hablado, y sea sus dimensiones seis palmos de largo, tres y medio de ancho y otro tanto de alto. Las planchas de plata que la envuelven por todas partes, estan muy bien labreadas. En la testera se ve de relieve al Salvador y los doce apóstoles, en los costados historias de la Virgen, y en la cubierta, que es llana, hay grabado un Crucifijo con cuatro clavos, los dos ladrones, y otras varias figuras, todo circundado de una larga inscripción latina que espresa las principales reliquias que guardaba el arca, y cómo esta

había sido adornada por el egregio rey Alfonso y su hermana Urraca, en la forma siguiente:

OMNIS CONVENTUS POPULI DEO DIGNUS CATHOLICI COGNOSCAT QUORUM INGLIAS VENERATUR RELIQUIAS INTRA PRECIOSISSIMA PRESENTIS ARCHE LATERA, HOC EST, DE LIGNO PLURIMORUM SIVE DE CRUCE DOMINI. DE VESTIMENTO ILLIUS QUOD PER SORTEM DIVISUM EST. DE PANE DELECTABILI UNDE EENA USUS EST. DE SINDONE DOMINICO EJUS ATQUE SEDARIO, ET CREORE SANTISSIMO. DE TERRA SANCTA QUAM PIS CALCAVIT TUNC VESTIGHS. DE VESTIMENTIS MATRIS EJUS VIRGINIS MARIE. DE LACTE QUOQUE EJUS. QUOD MULTUM EST MIRABILE. HIS PARITER CONJUNCTE SUNT QUEDAM SANCTORUM MAXIME PRESTANTES RELIQUIE, QUORUM UT POTUIMUS RECINOMINA SUBSCRIPSIMUS. HOC EST, DE SANCTO PETRO, DE SANCTO THOMA, SANGTI BARTHOLOMEI. DE OSSIBUS PROPINQVAREM, ET DE OMNIBUS APOSTOLIS, ET DE ALIIS QUAM PLEBEMUS SANCTIS, QUORUM NOMINA SOLA DEI SCIENCIA COLLEGIT. HIS OMNIBUS EGREGIUS REX ADEFONSUS HUMILE DEVOCIONE PREDITUS FECIT HOC RECEPTACULUM



Interior de la Cámara Santa

SANCTORUM PIGNORIBUS INSIGNITEM ARGENTO DE AURATUM EXTENSIBUS ADORNATUM NON VILIBUS OPERIBUS PER QUOD POST EJUS VITAM MEREATUR CONSORTIUM ILLOREM IN CELESTIBUS SANCTORUM JUVARI PNECIUS HEC QUIDEM SALUTI ET RE.....(1).....NOVIT OMNIS PROTINCUA IN TERRA SINE DEVIQ.....(2).....MAXUS ET INDUSTRIA CLERICORUM ET PRESULUM QUI PROPTER HOC CONVENIMUS CUM DICTO ADEFONSO PRINCEPE, ET CUM GERMANA LETISSIME URRACA NOMINE DICTA, QUIBUS REDEMPTOR OMNIUM CONCEDAT INDELIGENCIAM ET SEDUCM PECCATORUM VENIAM PER HEC SANCTISSIMA PIGNORA APOSTOLOREM ET SANCTI JESU, ET PASTORIS, COSME ET DAMIANI, EULALIE VIRGINIS, ET MAXIMI, GERMANI, BABUJI, PANTALFONIS, CIPRIANI, ET JESINE, SEBASTIANI, FACUNDI, ET PRIMITIVI, CRISTOPHORI, CREMPATI, FELICIS SCLICIT.

En derredor de la renombrada arca hay una estantería cubierta con paños de seda, en la que están las reliquias en cajas ó vitales más ó menos ricos. Las principales son: una cruz de plata con un Cristo de marfil, obra que se atribuye á Nicodemo; el Santo Sudario (3), es-

pinas de la corona, un trozo de la prodigiosa vara de Moisés, un gran pedazo de la piel de S. Bartolomé, una sandalia de S. Pedro, parte de la sábana santa, del pan de la última cena, del maná que cayó en el desierto, leche de la Virgen, etc., etc. También se ven allí la cruz de los Angeles, riquísima joya de oro y piedras preciosas, donación de Alfonso el Casto; la no menos rica cruz de la Victoria, que envuelve la muy tosea de roble que Pelayo llevaba por enseña en las batallas, los cuerpos de los santos Eulogio y Leocadia, mártires; Serrano, obispo de Oviedo, Vicente, abad y mártir, y Julian, arzobispo de Toledo. En otro tiempo estaban también en la Cámara Santa las cenizas y el velo de Sta. Eulalia de Mérida, patrona de Asturias; fueron trasladadas á una capilla que con la advocación de la misma se construyó en la catedral. Entre los reliquios es sin duda el mas notable por su riqueza y antigüedad cierta caja fabricada de oro y plata y dos piedras ágatas, que donó el rey Fruela II en 911, segun espresa una inscripción que en ella se lee. También es digno de atención un pequeño oratorio portátil en forma de stacena, que está cubierto de plata y piedras de algun valor, y que contiene bellisimas liguras de marfil y varias reliquias. Perteneció al obispo D. Gonzalo, que vivió en el siglo XIII. Como una prueba de la singular devoción que siempre se tribuyó á esta antigua capilla, recordaremos el hecho del rey D. Juan I cuando en 1381 vino á Asturias á sujetar la rebelion promovida por su

(1) Aquí falta una porcion de plata.

(2) Idem.

(3) Es un pedazo de lienzo rectangular, como de tres varas de largo y dos de ancho. Tiene varias manchas de sangre, y se conserva el pueblo con gran solemnidad el Viernes Santo.

torbulento primo D. Enrique, conde de Gijón, que rebolsó perdonar á este en tanta no le jurase lealtad sobre el libro de los Evangelios; y en la Cámara Santa de Oviedo, como se verificó. Según costumbre inmemorial, suben allí diariamente dos canónigos y algunos acólitos; para mostrar las sagradas reliquias á los peregrinos, y distribuirles un sumario que expresa las que allí se custodián, y las gracias espirituales concedidas á los fieles que van á venerarlas.

Con todo lo referido creemos poder asegurar que esta capilla es de los más ricos y antiguos reliquios del mundo católico, y que tanto bajo el aspecto religioso como el artístico, el más bello ornato de la histórica y celebrada catedral ovetense.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

Oviedo 31 de marzo de 1852.

Registrados unos papeles que nos fueron confiados hace algún tiempo por un amigo, cuya suerte ignoramos hoy, tropezamos con unos manuscritos de letra desconocida, y contenían apuntes, á veces seguidos con cierta regularidad, á veces en estravagantísima manera, de una historia que nos ha parecido interesante por más de un concepto. Regularizamos aquellos fragmentos del mejor modo posible, y los damos hoy á la luz pública, declarando que no somos responsables más que de la forma, que es nuestra.

SIN NOMBRE.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

I.

Llovía el mes de mayo de 184... Era en una de las antillas españolas, al fin de una tibia tarde, á la hora en que el disco del padre Sol se sumerge en el mar allá en el horizonte lejano. El sumiso rugir de las dormidas olas; los postreros suspiros de la brisa moribunda acariciando las coniecitas espigas de las cañas de azúcar; la voz monótona de los habitantes de los pantanos; esas vagas misteriosas armonías que se elevan en los aires al aspirar del día en las regiones tropicales, todo, todo convidaba al recogimiento y la meditación. Era la hora en que las almas sensibles, en consonancia con la naturaleza entera, se elevan á su Criador y le bendicen; la hora del repensamiento vago en que flotan cuerpo las inciertas esperanzas; la hora de las plegarias ardientes y de los amorosos deliquios del corazón; la hora en que principia el descanso para el cuerpo y la vida para el alma, que campea más libre en proporción de la inercia de la caduca cubierta de enfermedad materia que la envuelve y aprisiona, la hora más deliciosa en los abrevados climas americanos:—la de mayor peligro para los corazones adulescentes en todas las latitudes.

Era una playa abierta, sembrada á trechos de pintorescos grupos de palmeras, de cuya sombra se destacaban algunas casitas de modesta y caprichosa forma. En una de estas, la más elegante, detrás de una persiana movable, se descubre la forma de una mujer; casi una niña, pues aun no tiene diez y seis años. Celina es alta como una cirisaviada; sus negros y profusos cabellos lustrosos como el azabache lustrado, hacen resaltar más la blancura y trasparenca de su tez; cuando se mueve, su tallo delgadísimo se cimbreja como el junco de las lagunas. Cuando habla, los tonos de su voz resuden en melodía á los suavísimos cantores de la Filomena de los bosques. Y en verdad, Celina no es feliz, porque es un ángel, y los ángeles no pueden ser felices sobre la tierra.

De pie, detrás de la levisima persiana, muda, inmóvil, contempla con ansiedad el súbito cambio que se opera en la atmosfera. El cielo como ha tan sereno, aparece entonces encapotado y amenazador; pardos nubarrones cruzan velozísimos ante su vista, perseguidos de cerca y como azolados por grupos de nubes más negras y compactas; desaparece el crepúsculo, y una temerosa oscuridad se extiende con rapidez sobre tierra y mares. De vez en cuando, una larga ráfaga de fuego ilumina el espacio, y á su sangriento esplendor se descubre en la misma actitud á la atibulada jóven. ¿A quién espera?—¿A su padre tal vez? Celina no tiene padre. Su único arrimo en la tierra es una anciana valednicada y casi ciega á quien ella sostiene con el trabajo de sus manos: aquella anciana es madre de la que fué su madre. Lo único que posee en este mundo es aquella chozuela en que vive, y un pequeño huerto, cuyo cultivo está encomendado á un negro, también anciano y achacososo. Aquel negro fué esclavo de sus padres; estos lo vendieron apresado por la miseria; pero el negro logró escapar á fuerza de trabajo su libertad, y apenas dueño de sus acciones, vino á rescatar sus sustitutas fortunas á la infeliz huérfana. Pobre ignorante, que? ¿cómo puede hablar la lengua del país en donde vive; pero es (en) y

agradecido, y la lealtad y el reconocimiento no son cualidades de la cabeza, sino del corazón; y el del negro Rodrigo es tal, que pudiera honrarse con él un monarca.

¿A quién espera Celina?—De pronto un ruido distinto de los de la cercana tempestad hiera su oído; es el galope acompañado de un caballo sobre la arena compacta de aquella parte de la playa que bañan las olas.—¿El es! esclama la jóven, y se precipita hacia la entrada de la casa.

—¿Quién es él? dirá á este punto el impaciente lector ó la curiosísima lectora. Aguarden VV. un instante: voy á presentárselo.

Casa el galope del caballo delante de la puerta de entrada, y debajo de un cobertizo exterior que defendía alternativamente á los habitantes de la casita, de los fuegos solares y de la invasión de las lluvias, un jóven entra en la modesta sala, y estrecha silenciosamente contra su corazón á Celina. Alto, delgado, pálido, sus facciones duras pero expresivas, llevan impreso el sello de esa vaga melancolía que producen los prematuros desengaños. Sus largos y negros cabellos empapados por la lluvia, caen en porciones desiguales á los lados de su moreno rostro. Las miradas del jóven, su aire, y hasta sus menores movimientos, van acompañados de esa tranquila decisión que revela un alma vesuvela y animosa.

—¿Cuán tarde has venido, Federico ingrato mío! dijo Celina, desahucándose lentamente de los brazos del jóven.

—He padecido mucho hoy, alma de mi vida. El último día que pasó uno entre los suyos cuando se dispone para tan largo viaje, es cruel, muy cruel!

—¿Y qué! ¿Es una cosa decidida? ¿Tendrás valor para dejarme?

—Madama al amanecer dará la vela el buque que ha de llevarme hasta las playas de Francia...

—Pero no hables así, Celina; á me harás desear la muerte mil veces. ¡Muger! ¿No encierra tu corazón tesoros inagotables de fé y esperanza?

—¿Oh Federica... Federico! No dudo de ti ni de mí... Creo en tu corazón como se cree en Dios! Pero hay tantos riesgos en ese mar... tantos obstáculos que vencer... tantas amarguras que sobrellevar.

—¿Las venceré todas... las soportaré todas! ¡No sabes, Celina, que tu imagen, que el pensamiento de nuestro casto amor me harán soportarlo todo?

—¿Ay amado mío! Si sucumbieras, ¿qué sería de mí? ¿qué sería de la pobre huérfana sin el único bien, sin la única felicidad de su vida?

—Oyeme: aun no tienes diez y seis años; yo apenas tengo veinte. No poseo sino mi cabeza y mi corazón, mi inteligencia y mi sangre.

Necesito un leatro mayor que este si he de abrirme un camino en la vida. Necesito una senda espaciosa y cubierta de flores, Celina, porque quiero que vayas á mi lado, y no debo ni puedo ni quiero llevarte por el estrecho y espinoso sendero que hasta ahora me ofrece la suerte. Haré sé las fatigas y amarguras que me esperarán. Solo, tendrá valor para arrostrarlas; tus padecimientos me acompañarían. Además hay un ser que necesita de ti en estas regiones...

—Lo había olvidado... ¡qué ingrata soy! No vayas á pensar mal de mi corazón, Federico...

—Por qué me arás hasta el punto de olvidar todo lo que no me toca? —Tampoco yo soy ingrato, Celina... Pero vamos á ver á tu madre... á nuestra madre.

Y los dos jóvenes, enlazados de las manos, se dirigieron á una alcaoba contigua.

Una preciosa vieja: en el ascen era su más preciado tesoro. Allí, en un lecho pobre, pero limpio, yace la anciana. Las sensaciones que experimenta más que las percepciones de sus sentidos emboladas por los años y las enfermedades, la revelan que va á estallar una tempestad; y cruzadas sobre el pecho las descarnadas manos, ora por su nieto, por los naufragos navegantes, por los peregrinos extraviados, por todos en fin, menos por sí misma.

Su vida entera ha sido un ejemplo de abnegación, y esta tendencia de su alma no podía desmentirse en sus oraciones.

—Mamá, la dijo Celina con dulzura, aquí está Federico.

—Que entre, hijo mío. ¿Acaso no ha sido siempre un hijo para ti pobre anciana?

—Aquí estoy, madre mío, dijo el jóven tomando una de sus manos.

—Mal como has traído hoy, hijo mío. ¿Pero por qué suena tan tristemente la voz? ¿Has vuelto acaso á tus planes de viaje?

—Quiérese, mamá, esclama Celina rompiendo á llorar. Quiere irse mañana y dejarnos para siempre.

El jóven suspiró profundamente, pero permaneció silencioso.

—He aquí la historia de la vida, esclama la anciana como hablando consigo misma. Corriendo siempre tras de desconocidos bienes, vagas y confusas aspiraciones del alma que jamás llegan á realizarse, y mientras corremos con la vista fija hacia adelante, no vemos muchas veces de la felicidad que nos convidaba á los lados del camino! Pero... es igual...

Federico es ambicioso. déjale que aprenda por el propio. Además la ausencia es la piedra de toque del amor: si te ama de veras, volverá...

—Volveré, madre mía, gritó el joven; ¡yo lo juro! ¡Volveré para pedirles que bendigan la dicha de vuestros hijos!

—¡Ay, hijo mío! No dudo que vuelvas para Celima, pero para mí... ¿mi edad, las esperanzas terrenas son cortas...

—¡Oh! Yo volveré á veras. ¿Pensáis que tarde tanto?

—Vas á entrar en una lucha cuyo fin es incierto...

—Tengo fe en el porvenir, madre mía, una educación esmerada, algún talento y una voluntad de acero.

—Tienes mucho talento, lo cual lo hace tal vez demasiado orgulloso: tienes demasiada voluntad, y esto servirá de obstáculo á tu carrera. El que escoge un poco en su camino para llegar al fin que se propone, por débil que sea podrá alcanzarlo: el que va derecho á él, arrojando de frente los obstáculos, por fuerte que sea, está muy á riesgo de estrellarse. Créeme, Federico, acaso fuera mejor que no sabieses de aquí.

—Perdonadme, madre mía; pero mi resolución es irrevocable.

—Hágase la voluntad de Dios, murmuró piadosamente la anciana.

No intentamos reproducir aquí sílaba por sílaba la conversación que pasó entre los dos jóvenes aquella noche. La tempestad fué calmándose por grados, y á poco mas de las doce habia cesado enteramente. Celima se despidió de su amante haciéndole prometer que la despartaría antes de marchar: se recogió en la alcoba de la anciana.

Federico se recostó en un lecho improvisado por el negro Rodrigo.

Después de algunas horas de un sueño intranquilo creyó oír la joven el conocido galope del caballo de su amante. Levantose apresurada, y á medio vestir pasó á la salita que ya conocemos. El lecho estaba vacío, y el negro Rodrigo en la puerta se despedía aun con el ademán del joven viajero. Celima se abalanzó á aquella puerta; pero ya no la vió.

Los primeros resplandores rojizos despuntaban en el oriente, anunciando á la feraz vegetación de las antillas un hermoso día de mayo. El mar estaba en calma; el cielo ostentaba su azul helado tanto de purísimo azul, y allí en la rada, como un blanquísimo cisne en las dormidas aguas de un lago, se mecía blandamente sobre las olas la corbeta francesa *Adela*, con todos los trapes al viento y pronta á marchar.

Celima no dió un grito ni derramó una lágrima. El dolor supremo no tiene lágrimas ni gemidos: es inmóvil y silencioso como la tumba.

IX.

¡Atención! *Courage, mes enfants* (1) gritaba el capitán de la *Adela* á su tripulación, asustada con uno de los mas terribles huracanes de aquellos mares. Era la cuarta noche de su salida, y la *Adela* bogaba en pleno gallo. Todos los pasajeros se habian refugiado en la cámara, excepto uno, el mas joven, el cual, apartado á una de las jarcias de babor, permanecía estasiado ante la horrible belleza de la tempestad. Venía el espírita Fleury á respirar en el le grito:

—¿Qué faites vous dans jeune homme? Vous allez sauter dans le mer (2).

—No, capitán, le contestó en la misma lengua el joven. Permítame V. contemplar este sublime espectáculo del castigo de los ultramarinos.

—¿Permitire V. al menos, observó el capitán.

—Tengo los brazos y piernas, amigü mío.

—By God! Are you mad? Qué le confunde, que era un irriés inserto en normando; *What are your arms against this Jewish hurricane* (3). Y cogiendo un cabo amarró al joven por la cintura, atando la otra estremidad al calvestante.

El viento redoblabá sus furias: el mar tocaba al apogeo de su ira. Y era de vor al capitán Fleury empujando la barra del timon, y firme sobre sus piés como una estatua de bronce, dominar con su voz clara y sonora los rugidos de la tormenta, mientras que la corbeta fluctuaba como una débil paja sobre la superficie del hinchado piélagos.

—*Mon Adela!* gritaba á cada muevo trueno conseguido sobre la tempestad. *Elle t'eni bon mes enfans! Courage* (4).

Silbaban las cascadas, crejía la arboladura y rechinaban temeramente la cubierta y los costados del buque. Ya se hundía en los abismos, y dos metros transparentes mucha mas altos que el palo mayor amenazaban sumergirlo; ya sobre la cúspide de una ola gigantesca se venia un instante en las nubes, como un pájaro marino sobre el pie de un escollo tímido recoge un punto sus mojadas alas para proseguir luego su azaroso vuelo. Pero el capitán tenia razon: la *Adela* resistia

valerosamente á la tempestad, y obedecía al timon como un caballo bien enseñado á la mano del conocido ginete.

Poco á poco fué cayendo el viento; el mar se fué nivelando, y á la hora y media toda estaba en perfecta calma. Fleury dejó el timon y dirigiéndose á Federico le dijo tendiéndole su callosa mano:

—*Jeune homme, vous étes un brave* (5)!

El joven se sonrió con amargura, y estrechando la mano del capitán, respondió con voz dulce y tranquila:

—El arrostrar la muerte, amigo mío, puede á veces ser un placer.

XII.

Han pasado seis años. ¡Cuán breves son los años para las gentes felices! ¡Cuán eternos los minutos para los miserables! En aquel espacio de tiempo habian pasado siglos sobre la cabeza de nuestros héroes: digo mal: uno de ellos habia hallado el mas seguro refugio contra las tempestades de la vida. Dormía en el sepulcro.

Estamos en la misma playa donde por primera vez conocimos á los personajes de esta historia, y por una singular coincidencia, si bien en distinta época del año, el cielo y los mares presentan á los ojos menos experimentados síntomas evidentes de cercana borrascá.

Dos jóvenes, uno de ellos con el traje del país y el otro vestido á la europea, galopan á la orilla del mar.

—¿Cuándo te digo que no podremos llegar al pueblo antes de que estalle la tormenta! Y la noche se acha encima á toda prisa... exclamó el aparente criollo, deteniendo bruscamente su caballo. Mejor hubiera sido refugiarnos en esa hacienda que dejamos atrás.

—Amigo mío, contestó el del traje europeo, no nos detengamos. Hay allá arriba un sitio que quiero visitar antes de alejarme de estas riberas: ya sabes que marchó mañana. Y puso de nuevo á galope su fatigado caballo.

El otro le siguió espoleando hasta ponerse á su lado. Corrieron de este modo durante diez minutos. De pronto el que habia hablado el último detuvo tan bruscamente su caballo, que le hizo tocar la arena con el cuarto trasero.

—Aquí habia una habitacion, ahora seis años... dijo á su amigo.

—Desierta ha mas de dos, se desplomó hará unos seis meses. Aun quedan algunas tablas. Mira...

El otro volvió pié á tierra y ató su caballo al tronco de una palma: su compañero le imitó.

—Chico, le dijo, sabes que siempre he reconocido tu superioridad sobre mí; pero creo que eliges mal sitio para esperar una tormenta.

—¿Recuerdas, le dijo el otro como respondiendo á su propio pensamiento, á aquella Celima de cuya memoria te hablé tantas veces en París?

—Sin rinda alguna.

—Pues bien: aquí pasó casi toda su vida.

—¿Y ahora?...

—Aquí murió!

—Infeliz Federico, pensó el otro, y le siguió en silencio.

El primero se sentó sobre uno de los maderos que señalaban aun el sitio que habia ocupado la casita, y convidando á su amigo á imitarle, le habló en estos términos:

—Bien sabes lo que me llevó á Europa. Nacido con un carácter franco é inflexible me ahogaba en la estrechez de estos horizontes: dotado de ciertos talentos, y agitado por una inmensa y creciente aspiración al saber, no hallaba aquí bastante agua para mi sed. Otro motivo, acaso mas poderoso, me decidió á partir, atropellándolo todo. Yo amaba á Celima y era ardientemente correspondido. Habia en mi cierta revelación interna é intuitiva de triunfos y emociones desconocidas, que esperaba alcanzar en el mas amplio palenque de las regiones europeas, y á los cuales queria asociar á mi amada.—Paré!

El primer año que subsiguó á nuestra separacion mantuve con ella regular y frecuente correspondencia. Ansioso de saber, pasaba dias y noches en el mas asiduo trabajo; y sin embargo hallaba tiempo para escribirle tiernas y larguísimas cartas. En su origen mi único pensamiento: su amor el único móvil de mi vida. Pero me faltó una carta suya; luego otra y otra. Después he sabido que está silencio fué durante la cruel enfermedad que llevó á la tumba á su segunda madre. Al principio lo atribuí á frialdad; luego á mudanza; —mi amor propio se resistió. No bastando el estudio á la agitación de mi espíritu, busqué una distracción mas poderosa en los placeres del mundo. Gracias á mi natural altivez no me encenagué en los vicios, pero ramulé de estravío en estravío, de desengaño en desengaño.—¿Cuántas ingratitudes, cuántas inconstancias, cuánto egoísmo!—Mi corazón se ulceró: agriose mi carácter, y empecé á ver, sino con odio, con menosprecio á mis semejantes.

Celima habia vuelto á escribirme tan tierna y apasionada como

(1) *Vamos! Valor, hijos míos.*
 (2) ¿Qué hace V. ¿Huar? Va á caer al agua.
 (3) Por Dios Señor! ¿Está V. loco? ¿Qué son sus brazos contra este huracán diabólico?
 (4) *Adela mía, ¡Resiste bien! ¡Quita mano, valor!*
 (5) ¡Joven, V. es un valiente!

y besan sus corrientes espumosas
el débil junco y el feraz olivo.

No hay planta de uno y otro continente,
desde la Libia á la region del hielo,
que allí la tierra fértil no alimente
bajo el mágico influjo de su cielo.

Allí el plátano estiende placenteras
las espaciosas hojas de esmeralda,
y mecen sus racimos las palmeras
bajo anchas copas de brillante gualda:

Trepa la viz sobre el almiz pomposo
y al inculco peñon viste y alfombra,
mientras abre su cáliz oloroso
la cárdena violeta entre su sombra:

Y en prados de vivisimos colores
campean el naranjo y limonero,
poblados de amorosos ruiseñores,
que al viento dan su canto lastimero.

Y la flor del granado lujuriosa,
cediendo al beso de movable ambiente,
se enlaza con la flébil zarza-rosa
cuyos tallos arrastra la corriente,

Que desatada en plumas cristalinas
y entre riscosos mármoles bullendo,
de las nevadas cúspides vecinas
por uno y otro lado baja huyendo.

Al pié de un torreón desamparado,
por el tiempo y los hombres destruido,
en un solo caudal se ve mezclado
de ambos torrentes el raudal crecido:

Y entre sus brazos de espumosa linfa
se ostenta Lanjaron, cuna de flores,
bella en sus gracias, como bella ninfa
sentada en un verjel, gimiendo amores.

Hay un tajo al oriente de la villa,
que apoya su cimientto en el camino,
y en cuya cumbre y escabrosa orilla
se ve una cruz de cenizoso pino.

Triste vision fatídica parece
la enseña santa en la empinada cresta;
pues ni una flor bajo su sombra crece,
ni un ave trina en su region cubierta.

Solo el silbido bronco y pavoroso
del huracan, si alguna vez descuaja
las selvas con empuje poderoso,
suena en la cruz, y hasta el torrente baja.

Las gentes veces mil la contemplaron
oscilar con vibrante movimiento,
y diz que allí de noche se escucharon
lúgubres ayes al zumbir el viento.

Y hay quien afirma que en velada oscura
vió descender al tajo con presteza
de un fraile sin cabeza la figura,
ó de un gigante fiero la cabeza:

Y atravesar el bullidor torrente
que á su pié se desliza presuroso;
llegar al torreón que está á su frente,
y allí perderse entré humo vaporoso.

Y que al triste clamor de la campana
se oye de noche, que en las rocas zumba
una voz que contesta allá... lejana,
pidiendo entre gemidos «una tumba».

Estas del vulgo son meras hablillas
que nunca llevan de verdad el sello;
mas aunque yo creo poco en maravillas,
ello el vulgo lo dice, y algo es ello.

I.

INES.

Cuentan viejos habitantes
de la hermosa Lanjaron,
que moraba en aquel pueblo,
otro tiempo, un gran señor,
cuando era fuerte castillo
el ruinoso torreón.

Cuentan que tenia una hija
bella como el mismo sol,
y que celoso su padre
de su hermosura y candor,
desde sus mas tiernos años
de las gentes la ocultó.

Martin, que así se llamaba,
noble stirpe de Alarcon,
en su señorial morada
mil placeres reunió;
pues por dar gusto á su hija
la entregara el corazón;
solo tenaz la privaba
de libertad con rigor,
aunque ella no apetecia
lo que nunca conoció.

En la guerra con esfuerzo
aquel castillo ganó,
y le gozaba tan solo,
merced á su situacion,
como casa de recreo
por particular favor;
que si fuera de importancia
perdiera su posesion.

Era Doña Inés, su hija,
fruto de un morisco amor,
ardiente sangre africana
nutrida en suelo español:
era del trópico el fuego
contenido en tierna flor:
y como el vaso era débil
para sufrir la expansion
del efervescente liquido
que en su cavidad ardió,
fácilmente estalló el vaso
á instancia de la opresion.

Pronto á sus frescas mejillas
de sonrosado color,
y á sus purpurinos labios
pálido tinte asomó:
sus árabes negros ojos
do el fuego del sol brilló,
lánguidos solo lanzaron
tierna mirada de amor.

Pero encadenó en su pecho
su volcánica pasion,
porque era amor imposible
el que su pecho inflamó;
y en sus jardines á solas,
y en silenciosa oracion,
demandaba á Dios consuelo,
consuelo tan solo á Dios.

II.

EL RAMILLETE.

—(P.)—

Era la estacion hermosa
en que las galanas flores
abren su seno de amores,
dando al aura vagarosa
sus balsámicos olores.

El blando viento mecía
la naciente cabellera
de la floresta sombría,
y el ruiseñor deponia
su queja de amor primera.

Entre nubes de oro y grana
en ocaso estaba el sol,
y su luz tibia y lejana
á la alta sierra cercana
daba pálido arrehol.

En los hermosos jardines
del almenado castillo,
cantaban los colorines
en torno de un bosquecillo
de rosales y jazmines:

Y á su pié estaba sentado
sobre un banco de verdura,
de mil flores alfombrado,
un jóven, acompañado
de una angélica hermosura.

Pálida frente adornaba
del jóven la faz morena
donde el bezo aun no apuntaba,
y en sus hombros descansaba
negra y rizada melena.

Leve era su talle airoso,
su mirada penetrante,
su voz sonora, vibrante,
eco de un pecho animoso,
ó de un corazón amante.

Vagaba en sus labios rojos
crüel, amarga sonrisa;
apareciendo á los ojos
cual refrigerante brisa
de un incendio en los despojos.

—Bello es, Doña Inés, vivir
(decía el jóven á la hermosa),
pudiendo, cual vos, decir:
ningun pensamiento acosa
mi risueño porvenir.

—Oh! no, bello debe ser
al despuntar la mañana,
Ricardo, al menos tener
grato recuerdo de ayer,
grata esperanza cercana.

Pero una existencia fria
que se pasa indiferente,
sin ser ayer más que un día
que se hundió en el occidente,
es monótona y sombría.

—Ah! Doña Inés, anhelaís
una mentida ilusión.
Ojalá nunca perdais
la calma del corazón
que ora tranquila gozais!

—Tranquila!... oh! sí... decís bien:
¿Y por qué no lo he de estar?
—¿Qué puede, tal vez, turbar
vuestro reposo?...

—Un Eden
acaso pude soñar.

—Y ese Eden?

—Era soñado.

—Mas le quisisteis?...

—Oh!... sí!

—¿Y no le veis realizado!

—No!

—Ese es mi sueño dotado.

—No quiero soñar así.

«Pero hablemos de otra cosa,
que los sueños sueños son:
¿no veis, Ricardo, esa rosa?
es hermosa!

—Sí, es hermosa;
¡mas solo es bella ilusión!

—¿Es verdad que hablan las flores
yo galas del mundo veo
en sus formas y colores,
y en sus sentidos olores,
misterios del alma leo.

—¿Qué dico ese ramo airoso
que vuestro pecho engalana,
y con la resedá, hermana
la violeta?

—¡Es misterioso!...
La violeta, humilde y llana
es emblema delicado
de noble resignación:
representa un corazón
modesto y enamorado
que no espera galardón.

—¡Es sentido singular!
y la resedá?

—Es virtud
que escede á gracia sin par:
mas no hay mucha exactitud,
lengua es que puede engañar.

Con todo, ved esta flor,
es graciosa su figura;
pero su aroma es dulzura
que embriaga: ¿os gusta su olor?
—Mucho: dádmela!

—Lorura!

¿Qué quereis hacer con ella?

—Guardarla solo: es tan bella!...

—Mi dueño os llama, señora,
dijo entrando una doncella.

—Voy en seguida, Teodora.

Espejos del alma son
los ojos que amor desvela;
son la chispa que revela
del fuego del corazón
la llama que ardiendo hiela.

Son, cual para el caminante
de oculta flor el aroma;
son el ajonjolí brillante
do el alma, sultana amante,
ineautamente se asoma.

Tal vez profundo secreto
el alma ocultar pretende,
y una mirada se enciende
que alzando el velo discreto
traidoramente la vende.

Y tanto, que si en su mengua
sufre el pecho sus enojos,
echando al labio cerrojos,
bien podrá callar la lengua,
mas no callarán los ojos.

Así Ricardo, en su anhelo
y en su amorosa porfia,
aunque gustoso daría
por aquella flor un cielo,
calló, pues callar debía.

Pero su ardiente mirada
sobre la flor se fijó:
Doña Inés la comprendió:
«Tomad», le dijo apadada,
y rápida se alejó.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO E ILUSTRACION
A cargo de G. Alluabra.